

**ACADEMIA MEXICANA  
DE LA HISTORIA  
CORRESPONDIENTE DE LA REAL DE MADRID**



**DISCURSO DE RECEPCIÓN DEL:**

**Doctor Julio Jiménez Rueda**

**Sillón: 14**

**20 de Junio de 1955**

**RESPUESTA DEL ACADÉMICO:**

**Lic. José Ignacio Dávila Garibi**

# El Habla de los Conquistadores

Doctor Julio Jiménez Rueda

Señor Director,

Señores Académicos,

Damas y Caballeros:

Debo expresar, ante todo, mi reconocimiento más rendido a los señores miembros de esta ilustre corporación que tuvieron la gentileza de proponerme para ocupar un sillón en la Academia, en especial a don Rafael García Granados, a don Pablo Martínez del Río y a los que, con su voto, hicieron posible el buen deseo de los proponentes. Me llena de satisfacción el haber aprendido con este acto de hidalguía que mis excursiones por el campo de la historia han merecido la benévola consideración de los doctos. Comencé como estudiante a laborar en el terreno de la Historia en mi juventud y como estudiante sigo recorriendo el camino, cuando el sol se halla en el tramonto. Varios de los caballeros que presenciaron mis primeras andanzas como aprendiz de historiador y ahora son maestros reconocidos por todos en esta disciplina de desvelar el pasado forman parte de esta Academia. A don Juan B. Iguíniz le debo enseñanza y consejos cuando juntos laborábamos bajo la dirección de ese espejo de caballeros que se llamó don Jesús Galindo y Villa, en el Departamento de Historia de nuestro Museo Nacional. Ahí conocí y traté, casi cotidianamente, al padre García Gutiérrez, a don Manuel Romero de Terreros y a Federico Gómez de Orozco. De sus conversaciones aprendí mucho y otuve un tesoro inestimable el de una amistad que se ha acendrado con los años. En diversas etapas de mi vida he conocido a los demás señores Académicos y de todos ellos he recibido muestras de aprecio y lecciones valiosas para mi trabajo de investigación y para mi comportamiento en la vida. Mi reconocimiento para todos ellos.

Si comencé como investigador en la Historia, estoy a punto de terminar en la misma actividad, aunque realmente, nunca he abandonado el contacto con los libros que hablan de nuestro pasado, ni de los documentos que sirven de base a su conocimiento.

He citado a uno de mis maestros en el Museo Nacional de Historia, debo citar al otro con quien aprendí muchas cosas del oficio y sobre todo muchas de las actitudes en la vida que han sido para mi hontanar inagotable de satisfacción. Me refiero a don Manuel Mestre Ghigliazza. Para mi la honra de

ingresar a la Academia Mexicana de la Historia se acrecienta con la de ocupar el sillón que dejó vacante el maestro que traté a diario en el Departamento de Historia del Museo por un par de años. Es conmovedor y grato para mí hacer su elogio en esta solemne ocasión.

Le conocí cuando él se encontraba ya en plena madurez física e intelectual. Alto, recio de cuerpo, rostro pálido, ojos azules, bigote de mosquetero. Fue uno de los últimos que se mantuvo fiel al sombrero de amplias haldas y a la corbata de chalina que lo ligaba a la tradición de la bohemia nacional. Los que vestían así, se llamaban en las postrimerías del primer tercio del siglo XIX, Paul Fort, el príncipe de los poetas de Francia, y Eugenio Carrere, que sin ser príncipe era uno de los grandes poetas de España.

A la pulcritud externa del doctor Mestre correspondía una limpieza de espíritu y una hombría de bien a toda prueba. Por ello no tuvo éxito en la política. Del único puesto de importancia que ocupó en su vida, la gobernación de su Estado natal, Tabasco, salió limpio de sangre y no contaminado por el oro. Salvó la vida de milagro, porque eran tiempos aquellos en los que fácilmente se perdía la cabeza en una aventura de este calibre. Don Manuel Mestre nos ha dejado una sincera autobiografía, que contiene datos precisos para el conocimiento de su vida y la comprensión de su espíritu.<sup>1</sup>

Nació en la ciudad de San Juan Bautista, hoy Villahermosa el 15 de noviembre de 1870, en el seno de una familia originaria de Campeche. Sus estudios primarios y preparatorios los realizó en Campeche y en Tabasco. Siguió la carrera de Medicina en México, obteniendo el título en 1898, sin vocación según lo confiesa él mismo. Ejerció en su tierra natal. La publicación de *El verdadero Juárez* de Bulnes, lo lanzó a la política. En el enconado debate que produjo el libro, tomó el partido del autor en nombre de la libertad de pensamiento y al lado de otros distinguidos tabasqueños. Tres hojas sueltas se lanzaron en aquella época: *En nombre de Juárez, Por nuestros principios y Última palabra*. De las dos últimas se confiesa redactor.

En *El Monitor Tabasqueño* escribió contra el gobernador de Tabasco don Abraham Bandala. Se inició en el periodismo de oposición en las hojas fundadas por él, *La Verdad* y *La Revista de Tabasco*. Diputado suplente por uno de los Distritos de Tabasco, el propietario era don Joaquín D. Casasús, se negó a sustituirlo "porque habiéndome enfrentado ya públicamente con los gobiernos federal y local, no podía entrar a la Cámara para comportarme allí con la disciplina acostumbrada de sus miembros, ni menos ir a hacer en su seno labor oposicionista de ninguna clase, ya que no debiendo el puesto a elección popular sino al favor de un amigo, resultaría traicionando a éste con tal conducta, dadas, repito, las costumbres políticas de la época. Creo que bajo el régimen porfirista haya sido este el único caso de que alguien se negara

---

<sup>1</sup> Francisco J. Santa María *Bibliografía general de Tabasco*. Tomo 1.— Monografías bibliográficas mexicanas. Número 16. MCMXXX.

a ocupar una curul tan codiciada entonces y que tan tranquilos y risueños horizontes abría".<sup>2</sup>

Fue clausurada *La Revista de Tabasco* en 1916 y aprehendidos todos sus redactores. Permaneció Mestre en la cárcel de abril de 1906 a enero de 1907. A su salida fundó el bisemanal *El Reproductor Tabasqueño*. Nuevo proceso y cárcel de cuatro meses. Abandonó la política por breve tiempo. Se incorporó al Maderismo. Al triunfo del movimiento fue nombrado Gobernador interino de su Estado y constitucional el 1º de septiembre de 1911. La caída del gobierno de Madero trajo como consecuencia la del gobernador. Al triunfo de la Revolución Constitucionalista se dedicó de lleno a investigaciones históricas como Jefe de Sección en el Archivo General de la Nación. Fue después Oficial Mayor de dicho Instituto, Bibliotecario del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, profesor conservador de Historia del propio Museo.

Paralelamente comenzó a realizar una amena tarea de divulgación histórica en *El Universal* en la sección titulada "Migajas Históricas" con el seudónimo de "Leopoldo Archivero". Circunstancias políticas propias de la época lo obligaron a abandonar el Museo tanto como su colaboración en *El Universal*. Se incorporó a la redacción del A.B.C. para volver después a escribir en el diario en que había escrito sus "Migajas" en una nueva sección titulada "Cosas de Antaño".

Durante el régimen Obregonista fue nombrado Director de la Biblioteca Nacional "He tenido siempre decidida predilección por los estudios históricos —nos dice— pero las azarosas circunstancias de mi vida, mi pobreza, y sobre todo las crueles dolencias físicas que padezco desde mi juventud, me han impedido ejercer mi laboriosidad en tan honroso campo, todo lo que yo hubiera deseado. Apenas he podido ser diligente compilador de documentos y datos y de sugestivos recortes históricos. En 1907, imprimí en San Juan Bautista el primer tomo de mi *Archivo Histórico Geográfico de Tabasco* y aquí en México y respectivamente en 1916, 1918 y 1924, tres tomos de mis *Documentos y datos para la Historia de Tabasco*". Se ocupó, además, en formar una "Cronología de los Gobernantes de Tabasco desde 1821 hasta 1914".

La bibliografía del Dr. Mestre comprende: además el *Compendio Histórico geográfico y estadístico del Estado de Tabasco*, 1872, los *Documentos y datos para la Historia de Tabasco* Tomo 1. 1916, los tomos II, III y IV fueron publicados, respectivamente en 1920, 1924 y 1940, la *Invasión norteamericana en Tabasco (1846-1847)* 1948; *Manuel Mestre Gorgoll, in memoriam* 1918, las *Relaciones diplomáticas entre México y Holanda*, 1931, los *Apuntes para una relación cronológica de los gobernantes de Tabasco*. Mérida 1934 y las *Efemérides biográficas*, 1945.<sup>3</sup>

---

<sup>2</sup> Santa María op. cit. pág. 472.

<sup>3</sup> Santa María. op. cit. pág. 482 y Jorge Gurría Lacroix. "La obra del Dr. Manuel Mestre Ghigliazza" en el Boletín de la Biblioteca Nacional. Tomo V. julio-septiembre de 1954. N° 3. págs. 41-44.

En los últimos años de su vida fue investigador del Instituto de Historia de la Universidad Nacional de México y dio lustre y decoro a esta Academia y a la Española de la Historia de la que era miembro correspondiente desde el 7 de febrero de 1920. Le falleció la vida, como decían los clásicos, el 2 de febrero de 1954.

Espejo de caballeros, noble en el ejercicio de la amistad, tenía hasta en lo físico cierta semejanza con el hidalgo don Quijote de la Mancha, que admiraba y comprendía. Es por lo tanto una gran distinción sucederlo en esta ilustre Academia de la Historia.

Rendido el justo tributo al amigo, vengamos ahora a cumplir con esta corporación y a conversar sobre un tema que, por estar ligado cotidianamente con las dos actividades que he ejercido siempre en mi vida, me ha parecido propio para tratarlo en esta memorable para mí asamblea: *El habla de los Conquistadores*.

\* \* \*

"Al empezar la primavera de 1490 —dice don Juan de la Rueda— partía el Rey Católico contra Granada al frente de cinco mil caballos y veinte mil peones, ejército que, con los hombres de armas del marqués de Cadiz, del Duque de Medina Sidonia, de los condes de Cabra y Urera, de don Alonso de Aguilar y de otros valientes caudillos de la Cruz, mezclábanse las aguerridas huestes del príncipe Cidi Yahya y del Muley Audalla, como vasallos de la corona de Castilla. Llevaba don Fernando al príncipe don Juan, a quien armaba caballero a la vista de la Alhambra, y después de recorrer la vega y de tomar las torres de los castillos fronterizos, duplicando el ejército durante el invierno, plantaba su tienda y su campamento ante los muros de Granada, con el propósito de no levantarlos hasta terminar la conquista"<sup>4</sup>. Para mejor dominar la ciudad asediada se estableció el real en Santa Fe, que pronto quedó convertida en pequeña ciudad fortificada, teatro de hechos históricos de trascendencia internacional. Fue la ciudad palenque de justas caballerescas en las que competían caballeros- cristianos y adalides moros. Los jóvenes de la nobleza granadina llegaban cubiertos de armaduras espléndidas hasta las trincheras, arrojaban carteles de desafío, que aceptaban gustosos los cristianos, y estos, a su vez, pensaban realizar hazañas para aumentar su justo renombre de esforzados"<sup>5</sup>.

En este ambiente típicamente renacentista, hizo su aparición un día del año de 1492, realizada ya la debelación de la plaza y pocos meses antes de llegar Colón a las Indias un personaje de mediana estatura; pero bien formado, "su rostro que aspiraba majestad decía ser el de un hombre consagrado al estudio; su voz,

---

<sup>4</sup>Juan de la Rada. *Mujeres célebres de España y Portugal*. Col. Austral. pág. 60.

<sup>5</sup>De la Rada. op, cit. pág. 61.

grácil o sutil; delgadas piernas, ojos pequeños". Así describe el humanista Nicolás Antonio, a su tocayo Antonio de Nebrija, profesor que había sido en las universidades de Sevilla, Salamanca y Alcalá de Henares. "Los Reyes le estimaban mucho, la Reina tenía el empeño de que él fuera el maestro de su hijo, el malogrado príncipe don Juan. De sus obras informaba con todo detalle y hasta gustaba tenerlas en sus manos en "muestra", antes de que salieran a la luz. En fin, cuando los reyes pensaron en esculpir y bordar en piedras y estandartes el símbolo de España, llamaron a Nebrija y él fue quien hizo la aguda y grave empresa de las saetas, coyunda y yugo, con el alma *tanto monta que fue ingeniosa alusión*" como dice Jaime Oliver Asin, en su *Iniciación al estudio de la historia de la lengua española*, citando la *Historia del Escorial* del Padre José de Sigüenza.<sup>6</sup>

Acompañaba a Nebrija fray Hernando de Talavera, obispo de Ávila, y venían a presentarle a doña Isabel las pruebas de la *Gramática de la Lengua Castellana* que ha dado a la imprenta el ilustre maestro salmantino. En la edición que de este libro se hizo en el propio año de 1492 se leen estas palabras extraordinarias: "El tercer provecho deste mi trabajo puede ser aquel que cuando en Salamanca di la muestra de aquesta obra a Vuestra Real Majestad e me pregunto que para que podia aprovechar, el mui reverendo padre obispo de Ávila me arrebató la respuesta e respondiendo por mi dixo que, después que Vuestra Alteza metiese debaxo de su yugo muchos pueblos bárbaros e naciones de peregrinas lenguas e con el vencimiento aquellos ternian necesidad de recibir las leies que el vencedor pone al vencido e con ellas nuestra lengua, entonces por este mi Arte, podrían venir en el conocimieto della, como agora nosotros deprendemos el Arte de la Gramática Latina por deprender el Latín".<sup>7</sup> Fray Hernando de Talavera, tan amigo de Colón, tenía confianza en el descubrimiento de las nuevas tierras que su protegido descubriría meses después, y Nebrija daba el instrumento necesario para que los habitantes de esas ignotas regiones aprendieran la lengua de los que las iban a descubrir, ya afirmaba entonces el ilustre humanista que la "lengua sigue al imperio" y la castellana se había de extender por todo el Nuevo Mundo que estaba a punto de revelarse a los europeos.

Bajo el signo de Nebrija se realiza la gran empresa del descubrimiento de América. Sin embargo, —como dice don Ramón Menéndez Pidal— "en este primer período de los descubrimientos y conquistas se realizaron en proporciones que ni Fray Hernando de Talavera ni Nebrija podían soñar: el orbe se completó con un

---

<sup>6</sup> Oliver Asin. *Iniciación al estudio de la historia de la lengua española*. Segunda edición Zaragoza 1938 pág. 65.

<sup>7</sup> Oliver Asin. op. cit. pág. 197.

hemisferio, cuyas tierras recibía nombres españoles o españolizados, las regiones recién halladas enviaban a España, y España a Europa, la nomenclatura de extraños y valiosos productos, cuyo exotismo anunciaban los exploradores, como Hernán Cortés en sus cartas a Carlos V, divulgadas por todos los países. Es la época de Villalobos, de Torres Naharro cuando Gil Viente y otros portugueses empiezan a escribir en Castellano, desde 1504, anunciando que la primacía lingüística del habla de Burgos y Toledo estaba ya resuelta, no en el terreno político, sino, lo que vale más, en el social y literario".<sup>8</sup> Se ha fijado ya el idioma y su expansión se ha de realizar por las dilatadas regiones de América.

¿Cuáles son las características del castellano en esta época de Nebrija? En primer término, el empeño de los escritores de hermanar la corriente erudita derivada del latín, con la corriente popular. Ya no más división entre escritores cultos y poetas y prosistas populares que habían seguido distintos rumbos en la Edad Media. El hablar de los clérigos, tomando esta denominación no sólo por hombre de iglesia sino letrado que ha conservado en el francés y en el inglés y el poeta del "roman paladino" que habla la lengua del vecino. De esta armonía entre lo erudito y lo popular es clara muestra la obra que abre triunfalmente el Renacimiento español la *Celestina* que escribe Fernando de Rojas poco antes del descubrimiento de América y publica pocos años después de haberse realizado la gran hazaña.

La Reina Isabel que aprendía latín con doña Beatriz Galindo, amaba el decir popular. Quería que los escritores se expresaran con sencillez. Para ella el "buen gusto" radicaba en esto. Había incluso que eludir los sonidos fuertes y decir efeto por efecto, columna por columnna. Los concetos habían de ser claros y precisos.

Después emplear la gran riqueza semántica del idioma que se había elaborado a través de la Edad Media, desde el siglo XI hasta XV. El pueblo poseía para expresarse de un instrumento extraordinariamente rico en matices. Sabía emplear lo mismo el universitario que el campesino, todo el caudal de voces que se habían ido incorporando a través de los siglos y que iba a enriquecerse con la aportación de la corriente de vocablos indígenas que el descubrimiento y la conquista derivó hacia el vocabulario español.

Es el momento además en que se fija el idioma en las obras de los grandes escritores. En el pueblo, que es el que hace la conquista de América, se manifiestan, sin embargo, las características del período de transición en que ella se realiza. Paso de la Edad Media al Renacimiento y aun en los grandes escritores de la

---

<sup>8</sup> Ramón Menéndez Pidal. "El lenguaje del siglo XVI" en *El lenguaje de Cristóbal Colón*. Col. Austral. N.º aso. pág. 53.

época aparece la vacilación entre formas habladas y escritas medievales con las que han de emplearse en la época moderna. El habla de Aragón cedió a la manera de expresarse en Castilla. "Al unirse políticamente Aragón y Castilla en 1474 —sigue diciendo Menéndez Pidal— Podía aún dudarse que modalidad prevalecería en aquellos tiempos en que el príncipe lo era todo en el Estado. Pero en aquel matrimonio, Isabel y Castilla eran más fuertes que Fernando y Aragón. Bien decía Julián de Médicis, el Magnífico, que el talento de Isabel y la reputación que de ella recibió el Rey Fernando fueron para éste dote no menor que el reino de Castilla. Fernando fue influido poderosamente, y su hablar se castellanizó del todo, y se castellanizó al uso de Castilla la Vieja, ya que Isabel era nacida y criada en tierras de Ávila. Poseemos de esto prueba fehaciente. Cuando se celebró el matrimonio, los poetas aragoneses lo simbolizaron con la planta *hinojo*, porque en aragonés su primera letra era *f*, *finojo*, inicial de Fernando, mientras en Castilla la Vieja empezaba por *i*, *mojo*, inicial de Isabel. La dualidad de los dos grandes dialectos españoles quedaba en este emblema perfectamente definida: el aragonés conservando la *f* latina en *fazcer*, *farina*, *fambre* etcétera; el castellano viejo perdiéndola: *acer*, *arina*, *ambre*, Pues bien: Fernando perdió en su habla la *f*, y en sus autógrafos escribía *acer*, *aría* sin *f* ni *h* y es de notar que lo hacía así dirigiéndose en 1512 a su segunda mujer, Germana de Foix, que precisamente iba a recibir la carta en tierras de la *f*- en Aragón donde se hallaba presidiendo unas Cortes".<sup>9</sup>

Pero no solamente la lengua era entonces más rica en vocablos de lo que es ahora sino también en sonidos. En el siglo XVI se distinguía una *s* sorda, de una *s* sonora. La primera se escribía doble entre vocales. Así en el párrafo de Nebrija ya citado las palabras *metiesse*, *necessidad*. La sonora se escribía sencilla: *casa*. Ahora hemos perdido la *s* sonora. Entonces había una *ç* sorda y la *ç* sonora: *plaça*, *hazzer*. "Ambos sonidos se confundieron a partir del siglo XVII en uno sólo sordo, perdiéndose el sonoro".<sup>10</sup>

Otro ilustre filólogo, recientemente desaparecido, don Amado Alonso, ha realizado un estudio muy interesante sobre la pronunciación de la *ç* y la *ç* españolas a través de los gramáticos, no solamente españoles, sino franceses e ingleses, en sus estudios publicados en la *Nueva Revista de Filología Hispánica* año V números 1, 2 y 3, titulados "La pronunciación francesa de la *ç* y de la *z* españolas", "Formación del timbre ciceante de la *ç*, *ç* española" (páginas 1-27, 122-172 y 264-312) y llega a la conclusión de que el sonido de la *ç* y de la *z* en el siglo XVI era africado áptico alveolar, es decir, se pronunciaba con el vértice de la lengua aplicado a la base de los dientes superiores, tenía por lo tanto un timbre siseante, más parecido al de la *s* que al de la *ç* española actual. La transición de este sonido a *ciceante* de la pronunciación española convirtiendo dichas letras *c* y *z* en interdental comenzó a realizarse en el siglo XVII y

---

<sup>9</sup> Menéndez Pidal. op. cit. pág. 64.

<sup>10</sup> Menéndez Pidal. *Manual de Gramática Histórica Española*. Quinta Madrid, 1925. Pág. 93.



se afirmó hasta el XVIII. Esto explica que en América se pronuncie con *siseo* y no con *ciceo* pues fue la forma traída por los conquistadores, aprendida por los criollos y los mestizos y llegada hasta nosotros. Nuestro colega Dávila Garibi en su *Epítome de raíces nahuas*<sup>11</sup> roza este punto al decir: "No se sabe a ciencia cierta cuál fué el sonido que los misioneros españoles -que escribieron sus artes y vocabularios para aprender el idioma náhuatl— representaron con *c*, con *o* con *z* y que actualmente, acaso por influjo del castellano se identifica con el de la sibilante *s*". La pronunciación americana de estos sonidos, en la actualidad está más de acuerdo con la manera de decir del siglo XVI. Por ello la uniformidad continental de semejante dicción.

Igual opinión que la de Amado Alonso profesa el profesor de filología de la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional, el Dr. Amancio Bolaño e Isla. Para él es incuestionable, lo que se desprende tanto de los trabajos de Amado Alonso como de los tratadistas españoles del siglo XVI y XVII, Nebrija, Valdés etc., que los fonemas *c*, *ç* no habían perdido su carácter *siseante* y alcanzado, por completo el propio *ciceante* actual sino hasta bien entrado el siglo XVII. Que el *siseo* se mantuvo en América frente al *ceceo* español, por la diferencia de la *s* española, sonido tan característico que no existe en ninguna otra lengua románica. Su trato prerromano, áptico alveolar superior, mientras la *s* románica *s* derivada del náhuatl es predorsal y si se quiere predorso apical inferior. Por un proceso de relajación se produjo el sonido interdental, propio del *ciceo* en España y no en América.

Había, además, un *x* sorda y un *j* y una *g* sonoras. El sonido de la primera se parecía al de la *ch* francesa. Se decía *dixe*, *Guadalaxara*, *truxo*, que ha llegado hasta nosotros en la forma de *trujo*. Variaba el significado de las palabras según fuera el sonido de estas consonantes *rexa* era la de la ventana y *reja* la del arado. Al encontrar los conquistadores en el náhuatl un sonido semejante escribieron México con la *x* que hasta ahora conservamos.

Por último, fuera de otros sonidos que desaparecieron desde el siglo XVI, como el de la *v* que se escribía con *u* y que se asimiló a la *b*, en la época de la conquista había una *b* aspirada *hazer*, *humo*, *bolgar* que fue la que aprendieron nuestros naturales y que la asimilaron, después al sonido de la *j*, de donde aun se dice entre cierta parte de la población americana *fierro*, *joyo*. En los Ángeles de California, hay una playa que se llama la *Jolla*, y no precisamente porque su belleza la haga merecedora a tal calificativo sino por provenir del verbo *hollar*. Debió ser, por lo tanto la *Huella*.

En estos últimos años del siglo XV y los primeros treinta del siglo XVI la conjunción copulativa *y* se fija definitivamente. Procede como es sabido de la latina *et* que perdió a fines de la Edad Media la consonante final y quedó reducida a la vocal. Nebrija usa todavía la *e*. En el trozo copiado al principio de esta oración se dice "la

---

<sup>11</sup> Dávila Garibi. *Epítome de raíces nahuas*. México, 194.9. Pág. 64.

muestra de aquesta obra a Vuestra Real Majestad e me preguntó que para que podía aprovechar..." Hernán Cortés usa las dos formas "E otro día siguiente, que fue víspera de San Juan Bautista, me partí, y dormí en el camino a tres leguas de la dicha gran ciudad; y día de San Juan, después de haber oído misa me partí y entre en ella casi a medio día y vi poca gente por la ciudad".<sup>12</sup> Lo interesante en el conquistador es que usa la *e* al principio de oración y cuando es verdaderamente copulativa la usa tal cual hoy lo hacemos. Bernal Díaz del Castillo está más cerca de la forma arcaica de expresión y es partidario de la *e*. Sin embargo, usa la *y*, aunque en forma inversa a la de Cortés. Al principio emplea la *y* en la trabazón de la frase la *e*. "Y el español como lo entendió se puso en cuclillas, como hacen los indios e dijo: "Yo soy" y luego le mandó dar de vestir camisa e jubón, e zaragüelles, e caperuza, e alpargatas que otros vestidos no había y le preguntó de su vida e como se llamaba y cuando vino a aquella tierra". Así describe el encuentro de Aguilar en su *Verdadera Historia de la Conquista de la Nueva España*, capítulo XXIX. Y en esta deliciosa expresión arcaica. "Facéte lo vos, pues no ganamos sueldo sino hambre y sed y trabajos y heridas como vosotros..." en el capítulo XI.<sup>13</sup>

Este *facéte lo* que emplea Bernal Díaz del Castillo es una de las formas de expresión características de la manera de hablar del siglo XVI. D. Rafael Lapesa, en su *Historia de la Lengua española* nos dice: "Se tiende a separar las distintas palabras fundidas en conglomerados. Juan de Valdés, refiriéndose a los imperativos *poneldo*, *embialdo*, dice "no sé que sea la causa porque lo mezclan de esta manera...; tengo por mejor que el verbo vaya por sí y el pronombre por sí"; sin embargo, la lucha entre el *dalde* y *dadle*, *teneldo* y *tenedlo* se prolonga hasta la época de Calderón. Las asimilaciones, *tomallo*, *hacello*, *sufrillo* estuvieron de moda en el siglo XVI y después decayeron, aunque la facilidad con que procuraban rimas a los poetas las sostuviera al final del verso durante todo el siglo XVII".<sup>14</sup> La forma arcaica del infinitivo y el pronombre había sido *lo hacer*, *lo tomar*. Al convertirse el pronombre en enclítico al final de la Edad Media produjo la asimilación de la *r* a la *l* señalada por Lapesa *tomallo*, para venir después a convertirse en la forma usada en nuestros días. En Cortés sin embargo, encontramos todavía el pronombre en proclítico: "Después de *se haber* despedido de nosotros el dicho cacique y vuelto a su casa..."

Otras formas verbales no se habrían fijado todavía, *porné*, *verné*, *terné*, llegaron a ser *pondré*, *vendré*, *tendré*. Así se expresa Cortés. "Terná esta cibdad de Iztapalapa doce o quince mil vecinos; la cual está en la costa de una laguna salada

---

<sup>12</sup> Hernán Cortés. Cartas de Relación de la Conquista de México. Tomo I. Edición Calpe. Madrid, 1921. Pág. 128

<sup>13</sup> Bernal Díaz del Castillo en los Clásicos Bouret Paris. Pág. 40.

Rafael Lapesa. *Historia de la Lengua Española*. Madrid. Pág. 193.

<sup>14</sup> Rafael Lapesa. *Historia de la Lengua Española*. Madrid. Pág. 193.

grande, la mitad dentro en el agua y la otra mitad en la tierra firme".<sup>15</sup> Nótese la forma también arcaica de *cibdad* tan usada por los autores de este período.

Entre las formas gramaticales características de la época tropezamos con la irregularidad de la conjugación. *Amás, tenés*, existían al mismo tiempo que *amáis, tenéis*. El imperativo se pronunciaba sin *d* final: *amá, salí*. Entre los adverbios era muy común el *ansi*, por *así*, de donde la forma conservada hasta nuestros días en el vulgo de *asina* como suele persistir el *agora*. La preposición y el pronombre se unían en la conversación y en la escritura: *deste, della*.

En Extremadura persisten todavía voces que usadas en el siglo XVI, deben haberse introducido en América por los conquistadores ya que nuestro pueblo las conserva también, por ejemplo: *apoquinar, arrempujar, cucufate, nacencia* y el verbo *chispar* en la forma de *zafar*.<sup>16</sup>

El habla de los conquistadores tiene el colorido, el sabor de la lengua que hablaba el pueblo de Castilla en el siglo XVI. Porque era gente del pueblo la que vino a las Indias en las huestes que con el esfuerzo de su ánimo debeló estas tierras. Hubo, naturalmente, letrados y sacerdotes y hasta poetas como don Alonso de Ercilla que nos deja el mejor poema épico sobre la conquista del Arauco; pero aún estos letrados y estos poetas procedían de la entraña misma del pueblo. El habla, sin embargo, de la gente inculta se diferencia de la expresión de los intonsos. El lenguaje escrito de Hernán Cortés descubre el paso del autor de las *Cartas de Relación* por los bancos de Salamanca. El capitán sabe algo de latín, usa las fórmulas del derecho, no olvida que ha sido escribano. En medio del color con que pinta don Hernando el mercado de Tlatelolco, ese magno bodegón del siglo XVI, se percibe el individuo acostumbrado a levantar inventarios. Bernal Díaz del Castillo, en cambio, es inculto, apenas sabe escribir y leer; pero tiene el genio del idioma como lo tuvieron todos los hombres de su época. Sabe escribir bien lo que quiere y al recordar las hazañas de su juventud en la vejez nos deja una historia y una novela, más sabrosa que las novelas de Caballerías que eran la lectura de los jóvenes y los viejos, de las mujeres y de los hombres por entonces. Condenadas antes de Cervantes por varones tan doctos como el propio Nebrija, como fray Antonio de Guevara; pero que se leían en estos momentos estelares de la humanidad con un interés y una fruición que no ha despertado otro género de literatura. El *Romancero* por una parte y los libros de *Caballerías* por otra fueron la lectura obligada de estos tiempos heroicos e influyeron, indudablemente en despertar el espíritu de aventura en el poblador de estas tierras.

Por lo que se refiere al *Romancero* la insuperable maestría de don Ramón Menéndez Pidal nos ha trazado un hermoso cuadro de la introducción de los romances en México: "Navegando Hernán Cortés, en 1519, la costa de México, para ir a

---

<sup>15</sup> Cortés, op. cit. pág. 23.

<sup>16</sup> Luis Chamizo. *El iniajón de los Cástulos*. (Rapsodias extremeñas). Librería Hachefte. Buenos Aires, 1941.

San Juan de Ulúa, los que ya conocían la tierra iban mostrando la Rambla, las muy altas sierras nevadas, el río de Alvarado, el río de las Banderas, donde se rescataron los 16,000 prisioneros; la isla de los Sacrificios, donde se hallaron altares y los indios sacrificados cuando lo de Grijalva y así se entretenían, hasta que arribaron a San Juan. A alguien le parecían impertinentes aquellos recuerdos pasados, y tan perder el tiempo como recitar el romance de Caláinos. "Acuérdome —dice Bernal Díaz del Castillo— que llegó un caballero que se decía Alonso Hernández Puertocarrero, y dijo a Cortés: Paréceme, señor, que os han venido diciendo estos caballeros que han venido otras dos veces a esta tierra:

Cata Francia, Montesinos,  
cata París la ciudad,  
cata las aguas del Duero  
do van a dar a la mar;

yo digo que miréis las tierras más, y sabeos bien gobernar. Luego Cortés, bien entendió a que fin fueron aquellas palabras dichas y respondió:

"Dénos ventura en armas como al paladín Roldán", que en lo demás, teniendo a vuestra merced y a otros caballeros por señores, bien me sabré entender".<sup>17</sup>

Es más, la tradición del llanto de Cortés a la sombra del venerable ahuehuete de Popotla parece haber tenido su origen en la parodia de un romance viejo. He aquí como lo sugiere don José María Luján en su estudio: "Probable origen de una leyenda mexicana".<sup>18</sup> "Cortés venía de su expedición a Yautepec, Cuernavaca, Xochimilco etc., camino de Tezcoco y al llegar a Tacuba trabó combate con los aztecas, internándose, peligrosamente, en la trágica calzada. Fue rodeado por escuadrones de mexicanos, y en el encuentro perdió a dos mozos de espuela, muy queridos de él, llamados Francisco Martín y Pedro Gallego, que fueron hechos prisioneros y llevados a sacrificar a México. Entonces cuenta Bernal "en ese instante suspiró Cortés con una muy grande tristeza, muy mayor que la que antes traía, por los hombres que le mataron antes de que en lo alto del *eu* subiese y desde entonces dijeron un cantar o roman.

En Tacuba está Cortés  
con su escuadrón esforzado

---

<sup>17</sup> Ramón Menéndez Pidal. *Los romances de América y otros estudios*. Colección Austral. Pág. 9.

<sup>18</sup> En *Humanidades*. Órgano de los alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Tomo 1. N<sup>o</sup> 2. Diciembre de 1943. Pág. 18i.

triste estaba y muy penoso,  
triste y con gran cuidado,  
una mano en la mejilla,  
y otra en el costado.

Acuérdome que entonces le dijo un soldado que se decía el bachiller Alonso Pérez, que después de ganada la Nueva España fue fiscal y vecino de México: "Señor capitán: que no esté vuesa merced tan triste, que en las guerras estas cosas suelen acaecer, y no se dirá por vuesa merced:

Mira Nero de Tarpeya  
a Roma como se ardía..."

Cortés mismo habla de su estado de ánimo. "...de que sabe Dios el sentimiento que hube, así por ser cristiano, como porque eran valientes hombres y le habían servido muy bien en esta guerra a Vuestra Majestad". Así un incidente de la guerra movió la tristeza del conquistador. "Pero la musa popular que forjó el romance no podía permitir... que el llanto, la tristeza y el verso surgieran de un pequeño incidente sentimental; tenían que ser el resultado del peligro más "grande en que se vio Cortés; del momento más trágico de toda la conquista; de la retirada de la Noche Triste. ¿No decía el romance mismo que en Tacuba lo había invadido la tristeza? Y no fue en Tacuba misma donde los conquistadores habían llegado a tierra firme? Que cosa más natural que Cortés llorara, y que mejor lugar para hacerlo que a la sombra del árbol que ya para entonces era viejo". Por último el capitán extremeño solía recordar los versos de un romance en las situaciones más comprometidas de la campaña:

"Más vale morir con honra  
que deshonorado vivir"

Al lado del *Romancero*, gozan de extraordinaria popularidad en los años de las grandes expediciones conquistadoras los libros de caballerías. La primera edición de los *Cuatro libros del Amadís de Gaula*, apareció en Zaragoza en el año de 1508, amparado por el nombre, como autor, de Garci-Rodríguez de Montalvo. Pero ya era conocida la historia del *Caballero Cifar* y en Valencia se había editado el *Tirant lo Blanch* en 1490. Pero "aun antes de que apareciera la primera edición del *Amadís de Gaula*, las altas esferas sociales ya mostraban cierta inclinación por este género de literatura. Como es sabido, la piadosa reina Isabel guardaba en el alcázar de Segovia, entre los libros de su uso, una copia de la *Historia de Lanzarote*, probablemente la *Demanda del Santo Grial con los maravillosos hechos de Lanzarote y de Galaz*; obra que se imprimió en 1515 cuando ya la

reina había muerto. Mas fue su ilustre nieto, Carlos V, quien verdaderamente cayó bajo el peso de esta literatura; se dice que su imperial entusiasmo por el caballeroso *Belianís de Grecia* indujo al autor de este libro a escribir una continuación, y por órdenes expresas del monarca se tradujo en versos castellanos una obra francesa de carácter análogo. Cuando Carlos V cabeza titular del Sacro Imperio Romano, abdicó el trono de España, se llevó a su retiro más de un texto de caballería andante. No era él un caso único, por cierto, entre los monarcas europeos, en lo que se refiere a la afición por estas románticas producciones y bien puede contribuirlo a contaminar con tal gusto a Francisco I de Francia, durante el tiempo que lo tuvo prisionero; otros adictos al género fueron en épocas posteriores, Luis XIV de Francia y Guillermo el Taciturno". Noticias que nos da Irving A. Leonard en *Los libros del Conquistador*.<sup>19</sup>

Si la lectura de estas obras era frecuente entre los grandes, ¿qué no lo sería entre el pueblo alfabeto, que no tenía otro género de pasto para su imaginación que acudir en sus momentos de ocio que eran, por cierto, los más del año!

Bernal Díaz del Castillo frecuentemente, ante los grandes hechos que realiza como actor, recuerda al Amadís y considera las hazañas de los caballeros andantes como cosa de poco valor ante las que los de carne y hueso están realizando en la conquista de México. "Miren los curiosos lectores esto que escribo se había bien que ponderar en ello: qué hombres ha habido en el Universo que tal atrevimiento tuviesen?". Así lo afirma en el capítulo LXXXVIII de su maravillosa *Historia*. La técnica de la obra, por otra parte es la de las novelas de *Caballerías*. Basta con poner los ojos en los encabezados de los capítulos: "Del gran e solene recibimiento que nos hizo el gran Montezuma a Cortés y a todos nosotros en la entrada de la gran ciudad de México". Obsérvense en estas líneas ciertas particularidades de la manera de hablar del siglo XVI. Amén de la persistencia de la *e* copulativa al lado de la *y*, la eliminación de la *m* en solemne, por ese afán de eludir los sonidos fuertes y con ello la afectación susodicha, el apócope de grande en el primer adjetivo de la frase. Unos cuantos lustros antes había caído la vocal postrera de ciertas voces *sant*, *grand*, por santo y grande. Ahora se perdía en estos años la consonante para que estas palabras se fijaran en *san* y *gran*. El final del capítulo que encabeza el rubro anterior es típico, también, de un remate de capítulo de libro de Caballería. "Y fue, esta nuestra venturosa y atrevida entrada en la gran ciudad de Tenustitlán, México, a 8 días del mes de noviembre, año de nuestro Salvador Jesucristo a 1519 años, gracias a nuestro Señor por todo esto". Recuérdese, además, que una de las fabulosas tierras citadas en las *Sergas de Explandián* continuación del *Amadís de Gaul*, se llama California.

---

<sup>19</sup> Irving A. Leonard. *Los libros del Conquistador*. Fondo de Cultura Económica. México, 1953. Pág. 35.

Leonard tiene razón, pues, cuando afirma "que muy pocos de los que sabían leer —cualquiera que fuese su clase, ocupación o posición social—carecían de un íntimo conocimiento de los pintorescos hechos de Amadís, Esplandián, Palmerín y demás famosos caballeros andantes, y que por haberse familiarizado con ellos ya en su juventud o a una edad más madura, estaban sutilmente imbuidos de estas lecturas. Si entre los intelectuales este efecto se limitaba de modo principal a sus propias expresiones literarias, producíase en cambio más profundamente sobre la mayoría de los nuevos cultos, modificando sus hábitos y costumbres, y, muchos de los hombres rudos que constituyeron el grueso de las huestes conquistadoras, se lanzaron a la aventura en tierras lejanas por lo que les había enseñado a soñar la literatura caballeresca. Al mando de capitanes tan intrépidos como Cortés, Pizarro y Jiménez de Quesada, hicieron prodigios de auténtico valor, que con su audacia y su heroísmo empequeñecieron el mundo imaginario de Amadís y de los demás caballeros andantes que constituyen su acompañamiento".<sup>20</sup>

\* \* \*

Señores Académicos, no quiero distraer más la atención de ustedes y la del selecto auditorio que me escucha. El tema tratado da para algo más que un discurso académico. Una obra de gramática histórica puede elaborarse sobre la manera de hablar de los conquistadores. Pero otros con mayores conocimientos serán los llamados a realizarla. A la simple exposición filológica, deberá aunarse un estudio estilístico de las obras que escribieron cada uno de estos personajes que hicieron la historia de, la Conquista. Si como dijo Buffon, "el estilo es el hombre", nada mejor que estudiar en sus obras escritas cómo fueron en sus obras materiales estos esforzados varones que duplicaron la extensión del mundo en el siglo XVI, Si ellos trajeron el habla de Castilla a las Indias, en el momento de mayor esplendor de las letras españolas, no hay que olvidar que ellos fueron también el vehículo que llevó a España, el torrente caudaloso de las voces indígenas que se incorporaron por derecho a nuestro idioma. La aportación indígena es, indudablemente, después de la árabe la más importante en la formación de nuestra lengua. Muchas de esas voces indígenas se conservan en la forma en que fueron adaptadas al genio del idioma, por los que las oyeron por primera vez en el estruendo de la lucha o de labios de las indias en otras batallas más placenteras que las que traía aparejada la guerra.

---

<sup>20</sup> Leonard. op. cit. pág. 35.

RESPUESTA que da el Lic. José Ignacio Dávila Garibi, al discurso de ingreso del Dr. D. Julio Jiménez Rueda en la Academia Mexicana de la Historia Correspondiente de la Real de Madrid

Señor Director:

Señores Académicos:

Damas y Caballeros:

Vengo a pagar una deuda recientemente contraída: El 27 de noviembre del año próximo pasado, en la Sala "Manuel M. Ponce" del Palacio de Bellas Artes, el Doctor D. Julio Jiménez Rueda tuvo la gentileza de dar contestación a mi discurso de ingreso en la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente de la Real Española.

Hoy, cumplimentando un acuerdo que mucho me honra y sinceramente agradezco a nuestro dignísimo Director D. Atanasio González de Saravia, soy yo —aunque carente de merecimientos— quien en nombre de la Academia Mexicana de la Historia, Correspondiente de la de Madrid, tengo que contestarle al Doctor Jiménez Rueda el interesante, ameno y pulcro trabajo que para ser recibido en ella, como académico de número, acaba de leer.

Desgraciadamente, muy a pesar mío, sólo en ínfima parte podré cubrir tal adeudo: recibí oro y pago con oropel. La indulgencia y la bondad del beneficiario sabrán disculparme.

\* \* \*

Fuertes vínculos de compañerismo en las labores docentes a la vez que de franca y cordial amistad, me ligan con el Doctor Jiménez Rueda desde hace varios lustros, lo cual me ha permitido observar más de cerca a través de los años transcurridos las bellas cualidades que en él concurren y apreciar mejor su magnífica actuación cultural, ampliamente conocida y estimada en nuestro país y en el extranjero.

Han sido motivo de íntima satisfacción para mí el agrado, la complacencia y el cariño con que esta Academia acoge como miembro suyo a tan distinguido intelectual.



En pocas ocasiones se ha procedido con tanto acierto en la elección de un nuevo académico, como en el presente caso, ya que la vigorosa personalidad del Dr. Jiménez Rueda se destaca brillantemente en el campo de la intelectualidad mexicana.

En muy temprana edad se dedicó con ahínco al estudio de nuestra bellísima lengua nacional y en poco tiempo llegó a dominarla y a escribir con elegancia y pulcritud. Pronto se dio cuenta de la importancia que tienen como auxiliares de la Lingüística y de la Literatura, las ciencias históricas y sus anexas y, asomándose por las ventanas de la Historia, recogió muchos nombres, fechas y datos, desconocidos unos, olvidados otros, pero siempre interesantes para el que sabe escudriñar los rincones del pasado y sacar del polvo del olvido lo bueno que el tiempo en su veloz carrera nos dejó.

Profundo conocedor de la Preceptiva Literaria a la vez que de las disciplinas históricas, al mismo tiempo que poseedor de amplia cultura general, ha logrado dar a sus obras amenidad e interés.

Muy copiosa es su bibliografía la cual se inicia con un cuento que vió la luz pública en el "Cosmos Magazine" el año de 1912, al que siguieron otros cuentos, crónicas y narraciones.

A la edad de veintidós años había publicado ya su primer libro con el título: "Cuentos y Diálogos", había recibido premios en concursos universitarios, desempeñado puestos oficiales y regentado cátedras en diversos planteles educativos; al periodismo habíale venido prestando sus servicios desde que era todavía adolescente y no como un simple colaborador pues, como es bien sabido, ya en 1913, era director y principal redactor de la revista, "El Estudiante", órgano que fue del "Centro de Estudiantes Católicos".

En 1920 era ya el entonces joven abogado Jiménez Rueda, de tal manera conocido y estimado en el mundo intelectual que el importante boletín semanal "Biblos" editado por la Biblioteca Nacional, ilustraba su edición del 3 de julio del año citado con un retrato suyo y publicaba una breve biografía del mismo en la cual se daban a conocer algunas opiniones laudatorias de críticos nacionales y extranjeros.

Juan B. Iguíniz, nuestro erudito amigo y colega, actual Censor de esta Academia, le dedicó algunas páginas en su interesante obra intitulada: "Bibliografía de Novelistas Mexicanos", editada en esta capital el año de 1926.

Durante algún tiempo estuvo especialmente dedicado Don Julio, a escribir obras teatrales y en este género literario obtuvo también señalados triunfos.

Mucho habría que decir de sus obras didácticas: "Historia de la Literatura Mexicana" y "Antología de la prosa en México" justamente elogiadas por la crítica

moderna, provechosamente estudiadas por varias generaciones de alumnos y con frecuencias consultadas por personas doctas. Al presente se han hecho ya varias ediciones. He aquí su mejor elogio.

Más, si a la Literatura ha consagrado sus más felices instantes, de ellos ha hecho también partícipe a la Historia, que parece atraerle con irresistible afán. Casi no hay obra literaria suya que no se relacione directa o indirectamente con la Historia o con algunas ciencias auxiliares de la misma, particularmente con la Biografía. La época virreinal, por lo que hace a nuestra historia patria, ha sido, a lo que parece, su preferida.

En algunas de sus publicaciones se recuerdan, diré mejor: se reviven, hechos y sucedidos de un pasado venturoso y se ven desfilar por el escenario de nuestra historia a varios sabios cultivadores de las bellas letras que con sus diversas obras literarias dejaron a México un valioso tesoro bibliográfico que muchos estudiosos han sabido aprovechar.

El ingreso del maestro Jiménez Rueda a la jefatura del Archivó General de la Nación, le dio oportunidad de publicar en el Boletín de esa dependencia oficial, varios documentos inéditos, de consultar magníficas fuentes de información y de escribir para el público monografías históricas sobre temas poco estudiados.

Aunque en mérito de la brevedad, me he limitado a citar únicamente dos de sus principales obras didácticas, no quiero seguir adelante sin mencionar cuando menos algunas otras publicaciones suyas tan interesantes, como "Herejías y Supersticiones en la Nueva España", que ha merecido la crítica, favorable de personas como Marcel Bataillon y José María Chacón y Calvo y ha dado origen al libro de José Almoína titulado: "Rumbos Heterodoxos en México", recientemente publicado en Santo Domingo e "Historia de la Cultura en México, en el Virreinato", que mereció el premio llamado de los "Reyes Católicos" del Instituto de Cultura Hispánica, premio que le fue otorgado en Madrid, el año que acaba de pasar, 1954.

Otras importantes obras suyas son: "Sor Juana Inés de la Cruz y su época"; "Juan Ruiz de Alarcón y su tiempo"; "Lope de Vega, Ensayo de Interpretación"; "Santa Teresa y Sor Juana" y "D. Pedro Moya de Contreras".

Los artículos que con ejemplar constancia ha venido publicando por medio de la prensa desde hace tantos años alcanzan ya una cifra muy elevada.

A pesar de los importantes puestos que ha desempeñado en la Universidad Nacional Autónoma y en las Secretarías de Educación, de las diversas cátedras que ha impartido en México y en los Estados Unidos, de sus jiras culturales al extranjero, de su colaboración periodística, publicación de libros, atenciones sociales y compromisos académicos de diversa índole, el Doctor Jiménez Rueda, dando muestras de una

actividad mental infatigable emprende nuevas obras que requieren tiempo y estudio para realizarlas.

Yo sé que tiene en preparación varios libros de importancia, entre otros, uno que se refiere a la cultura de México en la época prehispánica, sugestivo tema, cuyo desarrollo supone un enorme caudal de erudición.

Actualmente el Dr. Jiménez Rueda es Individuo de Número de la Academia Mexicana, Correspondiente de la Real Española y representante de la misma en la Comisión. Permanente de la Asociación de Academias y profesor emérito de la Universidad Nacional Autónoma, grado el más alto con que pueden ser premiados los servicios eminentes de un profesor universitario y con tal carácter Consejero Técnico de alumnos en la Facultad de Filosofía y Letras y en la Escuela de Verano.

Diré, por último, que la Academia Ecuatoriana de la Historia lo nombró hace poco Académico Correspondiente con residencia en esta Capital.

No es exagerado afirmar que la dedicación al estudio y el asiduo trabajo, han formado en el Dr. Jiménez Rueda una segunda naturaleza.

Dentro del reducido marco de una respuesta, bienvenida y homenaje a un nuevo Académico, se impone la brevedad; por lo cual me veo obligado a omitir muchos datos que en una semblanza biográfica cabría consignar. Preciso es, pues, que pase a decir algo acerca del hermoso discurso del nuevo Colega.

\* \* \*

El tema de ese discurso de recepción, al cual voy a referirme es muy sugestivo. Se trata nada menos que del habla de los conquistadores de la Nueva España.

La Filología y la Lingüística han evolucionado tanto en estos últimos tiempos como otras varias ciencias y artes que son orgullo de la cultura moderna y el interés que por ellas se tiene es cada vez mayor.

No cabe duda que a veces se presentan problemas de carácter lingüístico o filológico que sin la luz de la Historia es imposible resolver. Esta, a su vez, necesita del auxilio de aquéllas en ciertos casos difíciles, en que los datos históricos son insuficientes para dejar satisfecha la curiosidad del investigador.

En el discurso de ingreso del nuevo académico, la Historia y la Lingüística, se ayudan mutuamente. Caminan de la mano, como suele decirse. Esto, le da mayor importancia y deja satisfechos a historiadores y lingüistas.

Manifiesta el Doctor Jiménez Rueda haberle tocado en suerte ocupar en esta Academia, el sitio que quedó vacante por muerte del Doctor D. Manuel Mestre Ghigliazza, distinguido escritor público tabasqueño, a quien trató a diario por un par de años en el Departamento de Historia del Museo Nacional; lo recuerda con cariño y cuenta en el número de sus maestros. Por este motivo al hacer el cumplido elogio de ese antecesor suyo, de acuerdo con lo que sobre el particular ordenan los estatutos, se siente emocionado.

Mucho se ha escrito acerca de los conquistadores de la Nueva España: Su personalidad ha sido estudiada desde diferentes puntos de vista. El valor, el arrojo y la osadía con que algunos de ellos arriesgaron su vida en peligrosas aventuras, ha sido el tema predilecto de varios historiógrafos; las diversas expediciones que llevaron al cabo en busca de nuevas tierras, minas y otros tesoros reales o imaginarios, con sus pintorescos relatos de hechos y sucedidos memorables, han cautivado a otros autores; los vicios, la ambición, la crueldad y otros defectos de algunos malos conquistadores han proporcionado abundante y sabroso material a varios escritores; las noticias acerca de los sentimientos humanitarios, generoso desprendimiento, piedad, caballerosidad e hidalguía de los buenos conquistadores, han llegado también hasta nosotros acompañadas de los merecidos elogios a que tan ejemplares varones se hicieron acreedores.

No ha escapado a la pericia y acuciosidad de nuestros historiógrafos hablarnos de la táctica militar, espíritu de organización, dotes de gobierno y tantas otras cosas que sumadas a la maravillosa obra religiosa, cultural y pacifista de los abnegados y celosos misioneros, contribuyeron eficazmente a la pronta realización de la conquista y pacificación del extensísimo territorio que durante la época virreinal fue conocido con el nombre de Nueva España.

En general no podemos quejarnos de ignorancia respecto de nuestros conquistadores. Sabemos quiénes fueron ellos, de dónde, cuándo, cómo, a qué y por qué vinieron a estas maravillosas tierras por luengos siglos ignoradas de los pobladores del Viejo Mundo, qué obras realizaron, cómo vivieron y qué fue lo que nos legaron; pero en particular, poco sabemos, porque casi nada se ha escrito, respecto de *cómo hablaron*.

Por esto es a todas luces interesantísimo el concienzudo trabajo que como discurso de ingreso en esta Academia, ha presentado el emérito maestro universitario Jiménez Rueda.

\* \* \*

Cierto es que se han realizado ya algunos estudios acerca del idioma español del Siglo XVI y aun se ha tratado de fijar su posición lingüística en esa época en que las letras españolas alcanzaron su mayor brillantez.

Varios eruditos filólogos españoles y americanos han tratado magistralmente este punto, Menéndez Pidal —maestro de maestros— a la cabeza de todos.

En el caso particular del Español hablado en México en el Siglo XVI el erudito filólogo estadounidense, Doctor Delos Lincoln Canfield, en su interesante libro "Spanish Literature in Mexican Languages as a source for the study of the Spanish pronunciation" publicado en Nueva York en 1934, mediante un cuidadoso estudio hecho a través de las literaturas indígenas indica cómo fue evolucionando la pronunciación castellana en nuestro país a partir del Siglo XVI, en que se efectuaron los primeros contactos entre los españoles y los indios; da gran importancia a la aplicación del alfabeto castellano a los idiomas nativos, ya que los fonemas que oían los lingüistas a los nativos del país en sus respectivas lenguas, los representaban por grafías españolas, procurando la mayor exactitud entre el sonido y el signo alfabético correspondiente; estudia en particular varias consonantes y de manera muy especial la *ç*, la *ç*, la *ç* y la *s* sobre cuya pronunciación ha habido diferentes opiniones; da a conocer algunos hispanismos en las principales lenguas indígenas y no pocas reglas para la buena pronunciación, tomadas de diversos artes gramaticales del Siglo XVI, en su mayoría, escritos por religiosos. Es éste un libro didáctico, un libro de consulta, que estudia la pronunciación del español de México, en general, pero no en particular, la de los conquistadores de Nueva España. Lo mismo puede decirse respecto de las diversas obras que sobre este particular he tenido oportunidad de consultar.

\* \* \*

El discurso académico del recipiendario —bella pieza literaria pletórica de datos históricos y lingüísticos, prudentes observaciones y bien fundados juicios— recrea e instruye a la vez. El brillante talento y la sapiencia del autor, por una parte y lo sugestivo y novedoso del tema por la otra, invitan a su lectura, la cual una vez comenzada difícilmente puede interrumpirse.

La pulcritud con que el sabio maestro, va desarrollando su tema, documentándolo y enriqueciéndolo con selectos fragmentos de obras de conquistadores, aumenta el interés, crea nuevos estímulos y aviva el deseo de saber y acaso también el de estar por algunos momentos en contacto espiritual con aquellos escritores que habiendo tomado parte en la conquista y pacificación de estas tierras, nos dejaron en sus libros y manuscritos retratada su alma.

Al leer en el discurso del Doctor Jiménez Rueda las palabras textuales de Hernán Cortés o de Bernal Díaz del Castillo, parece como que el pasado se ilumina y a

través del cristal de nuestra imaginación, vemos en lontananza ya sea al esforzado y valiente conquistador extremeño que dio a los reyes de España tanto reinos y señoríos; ya al veraz soldado historiador que como diligente actor en el escenario de la Conquista, nos relata con encantadora sencillez hechos vividos y, como viejo evocador de juveniles aventuras, nos deja como dice el nuevo Académico, "una novela más sabrosa que las novelas de caballería, que eran la lectura de los hombres y de los viejos, de las mujeres y de los adolescentes, por entonces".

Me ha llamado particularmente la atención el hecho de que Cortés en sus cartas al Emperador Carlos V usara nada más al principio de oración —cosa que no había advertido yo en anteriores lecturas— la conjunción española *e* derivada de la latina *et* prefiriendo la *y* en los demás casos en que ésta es verdaderamente copulativa y desde hace varias centurias vino a reemplazar a la *e*, habiendo quedado definitivamente fijado su uso en el siglo XVI.

Y esto —digo— me ha llamado particularmente la atención, por la circunstancia de que algo parecido ocurrió en el náhuatl con las conjunciones copulativas *auh* e *ihuan*, de uso corriente en el siglo XVI y que Cortés debió haber oído innumerables veces. Una y otra en la mayoría de los casos se traducen por “y”. La primera cayó en desuso durante la dominación española; además del oficio de copulativa tuvo el de implicativa y a veces también el de adversativa y sólo se usó al principio de oración. *Ihuan*, en todo tiempo ha tenido el oficio de copulativa y desde hace muchos años se usa al principio de oración, cosa que no ocurría en la época de la Conquista. Tal vez se trate de una mera coincidencia pero el caso no deja de ser curioso.

Diré, ya para concluir, que he leído con particular interés, por las enseñanzas que encierra, el estudio que el Doctor Jiménez Rueda hace en su discurso acerca del siseo americano frente al ceceo español, al hablar del valor fonético de la *ç*, la *ç* y la *ç̃*.

\* \* \*

Rodeado de gran prestigio, de reputación científica universal, el Doctor Jiménez Rueda llega hoy a integrar esta Academia y la Academia lo recibe con respeto, admiración y simpatía.

Bien venido sea, pues, el profesor emérito universitario, el escritor público de sano criterio e incansable laboriosidad, el literato, el lingüista, el historiador, el biógrafo... el caballero cristiano de intachable conducta, en cuya mirada se reflejan la inteligencia y la bondad.

Bien venido sea —repito— el caro colega, a quien en varios aspectos de su vida mucho tenemos que imitar.